

—Se le darán mil francos y será subjefe con Colleville, que se entenderá con él.

—Pero no me creará.

—¿Quiere usted comprometerme acaso? Vaya usted adelante ó sino nada, ¿me oye?

—Si el señor Baudoyer es director, podría prestar esa suma...

—Si, lo será. Déjeme usted, dése prisa y como si no me hubiese visto. Baje por la escalera secreta.

Mientras que Dutocq volvía á la oficina con el corazón palpitante de alegría, buscando el medio de provocar la irritación contra su jefe sin comprometerse demasiado, Bixiou había entrado en las oficinas de Roubourdin para dirigirles un saludo. Creyendo haber perdido, el burlón juzgó gracioso el fingir que había ganado.

BIXIOU, *imitando la voz de Phellion*

Señores, les saludo y les doy los buenos días. Queda señalado el domingo próximo para una comida en el Rocher de Cancale; pero se presenta una grave cuestión que resolver: ¿asistirán también los empleados suprimidos?

POIRET

Es claro, y también los que se retiran.

BIXIOU

Me es igual, porque no soy yo el que paga. (*Estupefacción general.*) Baudoyer está nombrado, y yo quisiera oírle ya llamando á Lorenzo. (*Imita á Baudoyer.*)

Lorenzo, unid mi cilicio con mi disciplina

(*Todos se desternillan de risa.*)

Colleville tiene razón con sus anagramas, pues ya sabéis que el anagrama de *Xavier Roubourdin, chef de bureau, est d'abord rêva bureaux, Et en fin riche*. Si yo me llamase *Charles X, par la grâce de Dieu, roi de France et de Navarre*, temblaría ante la idea del destino que profetizaría mi anagrama.

THUILLER

Usted tiene ganas de bromear.

BIXIOU

Roubourdin presenta su dimisión de rabia al saber que Baudoyer es director.

VIMEUX, *entrando*

¡Qué farsa! Antonio, á quien acabo de devolver treinta ó cuarenta francos, me ha dicho que los señores Roubourdin habían sido recibidos ayer en la velada íntima del ministro y que habían estado con él hasta las doce menos cuarto. Su Excelencia acompañó hasta la puerta á la señora Roubourdin, la cual creo que estaba hermosísima. En fin, que es indudablemente director. Riffé, el oficial del personal, ha perdido la noche para acabar antes el trabajo. La cosa no es ya ningún misterio. El señor Clergeot se retira, lo cual, después de treinta años de servicios, no es ninguna desgracia. El señor Cochin, que es rico...

BIXIOU

Según Colleville, hace *cochinilla*.

VIMEUX

No se engaña, pues trata en cochinita como asociado de la casa Matifat de la calle de los Lombardos. Ahora bien, éste también se retira, y lo propio ocurre con Poiret, cuyas plazas serán amortizadas. Esto es lo positivo, lo demás no se sabe. El nombramiento del señor Roubourdin se hace esta mañana y se temen intrigas.

BIXIOU

¿Qué intrigas?

FLEURY

¡Las de Baudoyer, pardiez! El partido clerical le apoya y he aquí un nuevo artículo del periódico liberal. No tiene más que dos líneas, pero es extraño. (*Lee.*)

«Algunas personas hablaban ayer en los Italianos de la rueta del señor Châteaubriand al ministerio, y se fundaban en la elección que se ha hecho del señor Roubourdin, protegido de los amigos del noble vizconde, para cubrir la plaza primitivamente destinada al señor Baudoyer. El partido

clerical sólo habrá podido recular ante una transacción con el gran escritor.» ¡Canallas!

DUTOQC, *entrando después de haber oído*

¿Quién canalla? ¿Rabourdin? ¿Ya saben ustedes la noticia?

FLEURY, *mirándole con ferocidad*

¿Rabourdin, un canalla? ¿Está usted loco, Dutocq, y quiere usted una onza de plomo para metérsela en el cerebro?

DUTOQC

Yo no he dicho nada contra el señor Rabourdin; únicamente que acaban de decirme con gran secreto, en el patio, que había denunciado á muchos empleados, que ha dado notas y que el favor de que disfruta depende de un trabajo acerca de todos los ministerios en el que todos nosotros salimos mal parados.

PELLION, *con voz recia*

El señor Rabourdin es incapaz...

BIXIOU

Está bien eso; diga, diga, Dutocq. *(Se dicen una palabra al oído y salen al pasillo.)*

BIXIOU

Pero ¿qué es lo que ocurre?

DUTOQC

¿Se acuerda usted de la caricatura?

BIXIOU

Ya lo creo.

DUTOQC

Pues bien, hágala y será jefe, obteniendo, además, una gran gratificación. Ya ve usted, querido mío, hay cizaña en las regiones superiores. El ministro está comprometido con Rabourdin; pero si no nombra á Baudoyer, se enemistará con el clero. ¿No lo sabe usted? El rey, la Delfina, la gran capellanía, y, en fin, la corte entera quiere á Baudoyer, mientras que el ministro quiere á Rabourdin.

BIXIOU

Bueno.

DUTOQC

Ahora bien; para poder arreglar esto, pues el ministro ha visto la necesidad de ceder, se necesita buscar una causa, y han sacado á relucir un antiguo trabajo hecho por Rabourdin, que deseaba purificar las administraciones. He aquí cómo yo me explico la cosa. Haga usted el dibujo, facilite usted la labor á los jefes y servirá usted así á la vez al ministro, á la corte y á todo el mundo, obteniendo como recompensa el ascenso. ¿Me comprende usted?

BIXIOU

O usted inventa todo eso, ó no comprendo cómo puede saberlo.

DUTOQC

¿Quiere usted que yo le enseñe la nota?

BIXIOU

Si.

DUTOQC

Pues venga usted á mi despacho, porque quiero poner ese trabajo en manos seguras.

BIXIOU

Vaya usted solo. *(Vuelve á la oficina de Rabourdin.)* No se trata más que de lo que les ha dicho á ustedes Dutocq, palabra de honor. Al parecer el señor Rabourdin ha dado notas poco halagüeñas acerca de los empleados, y ese es el secreto de su ascenso. Vivimos en un tiempo en que nada asombra. *(Se pone en la misma actitud de Talma.)*

¿Habéis visto caer muy ilustres cabezas,
Y os asombra, insensatos...

hallar una causa de este género en favor de un hombre. Mi Baudoyer es demasiado estúpido para medrar por medios semejantes. Reciban ustedes mi felicitación, van á tener un ilustre jefe. *(Sale.)*

POIRET

Yo dejaré el ministerio sin haber comprendido nunca una sola frase de este señor. ¿Qué quiere decir con todas esas salidas?

FLEURY

¡Pardiez! los cuatro sargentos de la Rochela, Berton, Ney, Caron, los hermanos Faucher, todos los degüellos.

PHELLION

Anticipa ligeramente cosas que son demasiado aventuradas.

FLEURY

Díganle ustedes que miente, que es un charlatán, y que en sus labios la verdad hay que ponerla en cuarentena.

PHELLION

Las palabras de usted se salen de la ley de la cortesía, y olvida las consideraciones que se deben guardar entre compañeros.

VIMEUX

Me parece que si lo que dice es falso, á eso se llaman calumnias y difamaciones, y un difamador no merece mas que latigazos.

FLEURY, animándose

Y si las oficinas son un lugar público, eso puede llevarse muy bien á los tribunales.

PHELLION, queriendo evitar una disputa, procura cambiar de conversación

Señores, calma; estoy haciendo un pequeño tratado de moral y estoy en el alma.

FLEURY

¿Y qué dice usted del alma?

PHELLION, leyendo

P.—¿Qué es el alma del hombre?

R.—Es una substancia espiritual que piensa y que razona.

THUILLER

Una substancia espiritual es como si se dijese un adoquín inmaterial.

POIRET

Déjele usted leer, hombre.

PHELLION, prosiguiendo

P.—¿De dónde proviene el alma?

R.—Proviene de Dios, que la ha dotado de una naturaleza simple é indivisible, resultando, por consiguiente, imposible su destrucción, pues Él ha dicho...

POIRET

¿Quién? ¿Dios?

PHELLION

Sí, señor, según la tradición.

FLEURY, á Poiret

Pero, hombre, no interrumpa usted ahora.

PHELLION, prosiguiendo

Él ha dicho que la había creado inmortal, es decir, que no morirá nunca.

P.—¿Para qué sirve el alma?

R.—Para comprender, querer y acordarse, lo cual constituye el entendimiento, la voluntad y la memoria.

P.—¿Para qué sirve el entendimiento?

R.—Para conocer. Es el ojo del alma.

FLEURY

Y el alma es el ojo ¿de qué?

PHELLION, continuando

P.—¿Qué debe conocer el entendimiento?

R.—La verdad.

P.—¿Para qué tiene el hombre voluntad?

R.—Para amar el bien y odiar el mal.

P.—¿Qué es el bien?

R.—Lo que le hace á uno feliz.

VIMEUX

¿Y escribe usted eso para señoritas?

PELLION

Sí. (Continuando.)

P.—¿Cuántas clases de bienes hay?

FLEURY

Eso es prodigiosamente libre.

PELLION, indignado

¡Oh! señor mío, aquí viene la respuesta, ahora estoy en ella. (Lee.)

R.—Hay dos clases de bienes, el bien eterno y el bien temporal.

POIRET, haciendo un gesto despreciativo

¿Y eso se venderá mucho?

PELLION

Así lo espero. Se necesita una gran contención de espíritu para establecer el sistema de las preguntas y las respuestas, y por eso yo les rogaba hace un momento que me dejaran pensar, pues las respuestas...

THUILLER, interrumpiéndole

Por lo demás, las respuestas podrán venderse aparte.

POIRET

¿Es eso un calembour?

THUILLER

Sí, se hará una ensalada (de raiponces) de rapónchigos.

PELLION

He cometido la grave falta de interrumpirles. (Se pone á trabajar.) Pero (para sus adentros) ya no piensan más en Rabourdin.

En este momento pasaba entre Lupeaulx y el ministro una escena que decidió de la suerte de Rabourdin. Antes del almuerzo, el secretario general había ido á buscar al ministro á su despacho procurando antes asegurarse de que la Brière no podía oír nada.

—Su Excelencia no obra francamente conmigo.

—Vamos, ya estamos reñidos porque su querida coqueteó ayer conmigo—pensó el ministro.—Querido amigo, yo le creía á usted menos niño,—le dijo en voz alta.

—¿Amigo?—repitió el secretario general.—Ahora voy á verlo.

El ministro miró con altivez á Lupeaulx.

—Estamos solos y podemos explicarnos. El diputado del distrito en que se halla *mi tierra* de Lupeaulx...

—Pero ¿es decididamente una tierra?—dijo el ministro, riéndose para ocultar su sorpresa.

—Aumentada en doscientos mil francos de adquisiciones—repuso negligentemente Lupeaulx.—Usted conocía la dimisión de ese diputado desde hace diez días y no me ha dicho nada, lo cual no me parece bien, sabiendo como sabe mi deseo de sentarme en pleno centro. ¿No han pensado ustedes en que yo puedo irme con la Doctrina que devorará al gobierno y á la monarquía, si continúa este partido recludando los hombres de talento completamente desconocidos? ¿Sabe usted que no hay en una nación más allá de cincuenta ó sesenta cabezas poderosas, en las que el talento está en relación con la ambición? Saber gobernar, es conocer esas cabezas para cortarlas ó para comprarlas. Yo no sé si tengo talento, pero tengo ambición, y usted comete la falta de no entenderse con un hombre que no le quiere más que bien. La consagración ha deslumbrado por un momento, pero ¿y después?... Después se reanuda la guerra de palabras y las discusiones se agriarán. Ahora bien: por lo que á usted atañe, créame, valdrá más que no me encuentre en el centro izquierdo. A pesar de las maniobras del prefecto, á quien sin duda se le han dado instrucciones confidenciales contra mí, yo sacaré mayoría. Ha llegado el momento de que nos entendamos. Después de una pequeña traición, se llega á veces á ser buenos amigos. Yo seré nombrado conde, y á cambio de mis servicios supongo que no me negarán el gran cordón de la Legión. Pero más que estos dos puntos, me interesa una cosa en que el interés de usted se halla comprometido... Usted no

ha nombrado aún á Roubourdin, y según noticias que he tenido esta mañana, satisfaría usted á mucha gente nombrando á Baudoyer...

—¡Nombrar á Baudoyer!—exclamó el ministro.—¿Lo conoce usted?

—Sí—dijo Lupeaulx;—pero cuando su inutilidad quede probada, puede usted destituirle rogando á sus protectores que le empleen en su casa. De este modo puede usted luego satisfacer á sus amigos dando una dirección general, lo cual facilitará alguna transacción para satisfacer á algún ambicioso.

—Ya se la he prometido.

—Sí, pero yo no le pido que cambie usted hoy mismo de opinión. Conozco el peligro de decir *sí* y *no* en un mismo día. Aplase los nombramientos para firmarlos pasado mañana, y de este modo pasado mañana reconocerá que es imposible sostener á Roubourdin, el cual, por otra parte, no dejará de enviarle su dimisión.

—¿Su dimisión!

—Sí.

—¿Por qué?

—Es el hombre de un poder desconocido, que ha practicado el espionaje en todos los ministerios, cosa que habiendo sido descubierta por una casualidad ha puesto furiosos á todos los empleados. ¡Por favor! no trabaje usted hoy con él, que ya me encargaré yo de buscar una disculpa. Vaya usted á palacio, pues estoy seguro de que encontrará allí personas satisfechas por el nombramiento de Baudoyer, el cual tal vez le valga á usted alguna recompensa. Una vez hecho, dará usted pruebas de gran energía destituyendo á ese necio que le había sido, por decirlo así, impuesto.

—¿Quién le ha hecho cambiar á usted de ese modo con respecto á Roubourdin?

—¿Ayudaría usted al señor de Châteaubriand á hacer un artículo contra el ministerio? Pues bien, he aquí como me trata Roubourdin en su estado—dijo dándole la nota al ministro.—Organiza por completo un gobierno, sin duda en beneficio de una sociedad que no conocemos. Voy á seguir siendo amigo suyo para vigilarle, y así creo que podré prestar algún gran servicio que me valdrá el nombramiento de par, que es mi único deseo. Sépalo usted bien, no quiero ni formar parte del ministerio ni nada que pueda contrariarle. Yo aspiro á la

dignidad de par, que me valdrá casarme con la hija de algún banquero con cien mil francos de renta; de modo que déjeme usted que le preste algunos grandes servicios que le obliguen á decir al rey que he salvado el trono. Hace ya mucho tiempo que lo digo: el liberalismo no nos librará la batalla en campo abierto; ha renunciado á las conspiraciones, al carbonarismo y á los levantamientos, y nos mina el terreno, diciéndonos: *Quitate de ahí para que me ponga yo*. ¿Cree usted que yo he cortejado á la mujer de Roubourdin por gusto? No, yo tenía ya noticias. De modo que dos cosas hay: el aplazamiento del nombramiento y su cooperación sincera á mi elección. Usted verá si al fin de la jornada le habré ó no pagado espléndidamente mi deuda.

Por toda respuesta, el ministro tomó el trabajo de los nombramientos y se lo entregó á Lupeaulx.

—Voy á decir á Roubourdin que aplaza usted el trabajo hasta el sábado—repuso Lupeaulx.

El ministro consintió con un movimiento de cabeza.

El ordenanza de la secretaría atravesó inmediatamente los patios y fué á decir á Roubourdin que el trabajo quedaba aplazado para el sábado, día en que la cámara no se ocupaba más que de peticiones y en que el ministro podía disponer de todo el tiempo. En este mismo momento, Saillard le soltaba su frase á la mujer del ministro, la cual le respondió con dignidad que ella no se mezclaba para nada en los asuntos de Estado y que, por otra parte, había oído decir que Roubourdin estaba nombrado. Saillard, asustado, subió al despacho de Baudoyer, y encontró á Dutocq, á Godard y á Bixiou en un estado de desesperación difícil de describir, pues leían la minuta del trabajo de Roubourdin acerca de los empleados.

BIXIOU, señalando con el dedo un lugar de la minuta

Aquí está usted, papá Saillard.

SAILLARD. *La caja debe suprimirse en todos los ministerios, que deben tener sus cuentas corrientes con el Tesoro. Saillard es rico y no tiene, por lo tanto, ninguna necesidad de pensión.*

¿Quiere usted ver á su yerno? (*Vuelve unas cuantas hojas.*) Aquí está.

BAUDOYER. *Completamente incapaz. Despedido sin pensión, pues es rico.*

¿Y el amigo Godard? (*Hojea el estado.*)

GODARD. *Debe ser despedido con una pensión equivalente á la tercera parte de su sueldo.*

En fin, aquí estamos todos. Yo soy *un artista bueno para estar empleado en la lista civil, en la Ópera, en el Museum. Mucha capacidad, poco asiento, incapaz de aplicación, espíritu tornadizo.* ¡Ah! ¡ya te daré yo á ti el artista!

SAILLARD

¡Suprimir á los cajeros! ¡Es un monstruo!

BIXIOU

¿A ver lo que dice de nuestro misterioso Desroys. (*Hojea el estado y lee.*)

DESROYS. *Hombre peligroso por su convicción inquebrantable en principios contrarios á todo poder monárquico. Hijo de convencional, admira la Convención y puede llegar á ser un peligroso publicista.*

BAUDOYER

Ni la policía sería tan hábil como él.

GODARD

Yo voy á la secretaría general á presentar una queja en regla. Es preciso que todos nos retiremos en masa si nombran á semejante hombre.

DUTOCC

Escuchen ustedes, señores, prudencia. Si nos sublevamos todos de momento, nos acusarán de venganza y de interés personal. No, dejen correr el rumor poco á poco, y cuando todos los empleados conozcan el hecho, entonces se podrá obrar contando con el asentimiento general.

BIXIOU

Dutocc se apoya en los principios del gran aire inventado por el sublime Rossini para Basilio, principios que prueban

que aquel gran compositor era un buen político. Eso me parece justo y conveniente. Yo pienso dejar mi tarjeta en casa de Rabourdin mañana por la mañana, y al efecto, me voy á encargar una que diga: BIXIOU, y debajo: *Poco asiento, incapaz de aplicación, espíritu tornadizo.*

GODARD

¡Buena idea, señores! Encarguemos tarjetas y que Rabourdin las reciba todas mañana por la mañana.

BAUDOYER

Señor Bixiou, encárguese usted de ese pequeño detalle y haga destruir las planchas después que haya quedado una sola prueba.

DUTOCC, *llamando aparte á Bixiou*

¿Quiere usted ahora dibujar la caricatura?

BIXIOU

Comprendo que está usted en el secreto desde hace diez días. (*Le mira fijamente.*) ¿Seré nombrado jefe?

DUTOCC

Sí, palabra de honor y mil francos de gratificación. No sabe usted el servicio que presta á gentes poderosas.

BIXIOU

¿Las conoce usted?

DUTOCC

Sí.

BIXIOU

Pues bien, quiero hablarles.

DUTOCC, *secamente*

Según que haga usted ó no la caricatura, será nombrado ó no jefe.

BIXIOU

Bueno, vengan los mil francos.

DUTOCQ

Se los daré á usted, cuando me dé el dibujo.

BIXIOU

Adelante. La caricatura correrá mañana por las oficinas. Vamos á provocar á los Rabourdin. (*Dirigiéndose á Sallard, á Godard y á Baudoyer, que hablan en voz baja.*) Señores, vamos á trabajar á los vecinos. (*Sale con Dutocq y llega á las oficinas de Rabourdin.*) ¡Hola! ¿qué tienen ustedes, señores? Lo que les he dicho es tan verdad, que pueden ustedes ir á ver las pruebas de la más infame de las delaciones en el despacho del virtuoso, honrado, estimable, probó y piadoso Baudoyer, el cual sí que es verdaderamente incapaz de semejante oficio. Vuestro jefe ha empleado una guillotina para los empleados, no lo duden ustedes. Adelante, corran, pues no se paga si no gusta, y podrán gozar GRATIS de su desgracia. Los nombramientos están aplazados. Las oficinas murmuran, y Rabourdin ha sido advertido por el ministro de que no trabajaría hoy con él. Vamos, vengan ustedes.

(*Phellion y Poiret se quedaron solos.*)

El primero amaba demasiado á Rabourdin para ir á buscar una convicción que podía perjudicar á un hombre á quien no quería juzgar, y al segundo no le quedaban más que cinco días de servicio. En este momento Sebastián bajó para recoger lo que hubiese pendiente de firma, y aunque no dijo nada, no dejó de sentir cierto asombro al ver las oficinas desiertas.

PHELLION

Mi joven amigo (*se levanta, caso raro*), ¿sabe usted que corren ciertos rumores acerca del señor Rabourdin, á quien usted ama y... (*baja la voz y se acerca al oído de Sebastián*) á quien yo quiero tanto como aprecio? Se dice que ha cometido la imprudencia de publicar un trabajo acerca de los empleados... (*Al pronunciar estas palabras, Phellion se detiene y se ve obligado á sostener en sus nerviosos brazos al joven Sebastián, que se pone pálido y cae desfallecido sobre una silla.*) ¡Una llave en la espalda, señor Poiret! ¿tiene usted una llave?

POIRET

Siempre llevo la de mi domicilio.

(*El anciano Poiret insinúa su llave en la espalda de Sebastián, á quien Phellion hace beber un vaso de agua fría. El pobre niño abre á poco los ojos para derramar un torrente de lágrimas, apoyando la cabeza en la mesa de Phellion y dejándose caer cual si fuese herido por un rayo. Sus sollozos son tan penetrantes, tan sinceros y tan abundantes, que por la primera vez en su vida Poiret se conmueve ante el dolor ajeno.*)

PHELLION, con voz cariñosa

Vamos, vamos, mi joven amigo, valor. En las grandes circunstancias se necesita. Usted es un hombre. ¿Qué hay? ¿Por qué le ha de conmover esto tan grandemente?

SEBASTIÁN, en medio de sollozos

Es que yo he sido la perdición del señor Rabourdin. Yo he dejado el estado que él me había entregado para copiar; yo he matado á mi bienhechor, y debo morir. ¡Un hombre tan grande! ¡Un hombre que hubiera sido ministro!

POIRET, sonándose

¿De modo que es cierto que ha dado informes?

SEBASTIÁN, en medio de entrecortados sollozos

Pero eso era para... Vamos, ahora iba á decir sus secretos. ¡Ah! miserable Dutocq, él es el que lo ha robado!

Y los llantos y los sollozos se reanudaron con tal ímpetu, que Rabourdin oyó desde su despacho los gemidos, distinguió la voz y subió. El jefe encontró á Sebastián casi desmayado como un Cristo entre los brazos de Phellion y de Poiret, los cuales imitaban grotescamente la postura de las dos Marías, con caras conmovidas por la ternura.

RABOURDIN

¿Qué hay, señores? (*Sebastián se yergue y cae arrodillado delante de Rabourdin.*)

SEBASTIÁN

Señor, yo le he perdido á usted. Dutocq, el monstruo, ha sorprendido sin duda el estado.

RABOURDIN, *con calma*

Ya lo sabía. (*Levanta á Sebastián y se lo lleva.*) Es usted un niño, amigo mío. (*Se dirige á Phellion.*) ¿Dónde están esos señores?

PELLION

Señor, han ido á ver al despacho del señor Baudoyer un estado que dicen...

RABOURDIN

¡Basta! (*Sale, sosteniendo á Sebastián. Poiret y Phellion se miran llenos de sorpresa y no saben qué decirse.*)

POIRET, á Phellion

¿El señor Rabourdin?...

PELLION, á Poiret

¿El señor Rabourdin?...

POIRET

¡Vaya con el señor Rabourdin!

PELLION

Y sin embargo, ¿ha visto usted qué tranquilidad y qué dignidad ostentaba?

POIRET, *con cierto aire picaresco que simulaba una mueca*
Si hubiera ahí gato encerrado, no me asombraría nada.

PELLION

¡Un hombre honrado, puro, sin tacha! Señor Poiret, usted ya piensa lo que yo acerca de Dutocq; ¿no me comprende usted?

POIRET, *moviendo la cabeza dos ó tres veces responde con aire astuto*

Sí. (*Todos los empleados vuelven.*)

FLEURY

Esta sí que es buena. Aun después de haber leído, me resisto á creerlo. ¡El señor Rabourdin, el rey de los hom-

bres! La verdad es que si hay espías entre hombres así, hay para renegar de la virtud. ¡Yo que colocaba á Rabourdin entre los héroes de Plutarco!

VIMEUX

¡Oh! es verdad.

POIRET, *pensando que no le quedan más que cinco días*

Pero, señores, ¿qué dicen ustedes del que ha robado el trabajo, espiando al señor Rabourdin? (*Dutocq se va.*)

FLEURY

¿Que es un Judas Iscariote! ¿Quién es?

PELLION, *maliciosamente*

Seguramente que no está entre nosotros.

VIMEUX, *comprendiendo la indirecta*

Es Dutocq.

PELLION

Yo no he visto la prueba aún, señor mío. Mientras que ustedes estaban ausentes, ese pobre señor de La Roche ha estado á punto de morir. Miren, aun pueden ver sus lágrimas en la mesa.

POIRET

Lo hemos tenido desmayado en nuestros brazos. ¿Y la llave de mi domicilio? ¡Toma, toma! ¡Si la lleva aún encima! (*Poiret sale.*)

VIMEUX

El ministro no ha querido trabajar con Rabourdin hoy, y el señor Saillard, á quien el jefe del personal le ha dicho dos palabras, ha venido á decirle al señor Baudoyer que solicitase la cruz de la Legión de honor, pues estando acordado que se conceda una á la división para el día de año nuevo, va á ser Baudoyer el agraciado. ¿No es esto claro? El señor Rabourdin es sacrificado por los mismos que lo emplean. He aquí lo que dice Bixiou. Todos nosotros seremos suprimidos, excepto Phellion y Sebastián.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

BRUEL, *llegando*

Bueno, señores, ¿es verdad eso?

THUILLER

Y tan verdad.

BRUEL, *volviendo á ponerse el sombrero*

Adiós, señores. (*Sale.*)

THUILLER

No se para en barras el zarzuelista. Va á casa del duque de Rethoré y del duque de Monfrigneuse; pero ya puede correr, pues, según se dice, Colleville será nuestro jefe.

PHELLION

Y sin embargo, parecía que le tenía cariño al señor Rabourdin.

POIRET, *entrando*

Me ha costado un trabajo atroz recuperar la llave de mi domicilio; ese muchacho se derrite en llanto y el señor Rabourdin ha desaparecido por completo. (*Dutocq y Bixiou entran.*)

BIXIOU

Vaya, señores, veo que pasan cosas muy extrañas en su oficina. ¿Y Bruel? (*Mira al despacho.*) ¿Se ha marchado?

THUILLER

A escape.

BIXIOU

¿Y Rabourdin?

FLEURY

¡Hundido, fastidiado, reventado! ¡Decir que un hombre así, que el rey de los hombres!...

POIRET, *á Dutocq*

Señor Dutocq, Sebastián, en medio de su dolor, le acusa de haberle robado el trabajo hace diez días.

BIXIOU, *mirando á Dutocq*

Querido mío, es preciso que usted se lave de ese reproche. (*Todos los empleados miran á Dutocq.*)

DUTOCC

¿Dónde está ese pequeño áspid que lo copiaba?

BIXIOU

¿Cómo sabe usted que lo copiaba? Querido mío, sólo el diamante puede pulir el diamante. (*Dutocq sale.*)

POIRET

Escuche usted, señor Bixiou. Ya no me quedan más que cinco días y medio de servicios, y una vez, una sola vez al menos, quisiera tener el placer de comprenderle. Hágame usted el honor de explicarme para qué es útil el diamante en esta circunstancia.

BIXIOU

Papá, puesto que yo me avengo á descender una vez hasta usted, eso quiere decir que del mismo modo que el diamante es lo único que puede gastar el diamante, así también un curioso puede vencer á su semejante.

FLEURY

Emplea curioso en lugar de *espía*.

POIRET

¡Pues todavía no comprendo.

BIXIOU

Bueno, pues ya comprenderá usted otra vez.

El señor Rabourdin había corrido á casa del ministro. El ministro estaba en la cámara. Rabourdin se trasladó á la cámara y le puso dos letras al ministro; pero el ministro estaba en la tribuna empeñado en acalorada discusión. Rabourdin le esperó, no en el salón de conferencias, sino en el patio, y se decidió, á pesar del frío, á apostarse ante el coche del consejero, á fin de hablarle cuando saliese. El ujier le había dicho que el ministro estaba empeñado en una discusión pro-

movida por los diez y siete de la extrema izquierda y que se estaba celebrando una sesión borrascosísima. Rabourdin se paseaba á lo largo del patio del palacio, presa de una agitación febril y esperó cinco horas mortales. A las seis y media empezó el desfile, pero el lacayo del ministro se acercó al cochero y le dijo:

—¡Eh! ¡Juan! monseñor se ha ido con el ministro de la Guerra á palacio y comerán juntos. Tenemos que ir á buscarle á las diez, porque habrá consejo.

Rabourdin se encaminó con lentitud á su casa, sumido en un abatimiento fácil de concebir. Eran las siete y apenas tuvo tiempo para vestirse.

—Bueno, estás nombrado—le dijo alegremente su mujer cuando se presentó en el salón.

—Mucho temo que no volveré á poner los pies en el ministerio—respondió Rabourdin levantando la cabeza en actitud preñada de melancolía.

—¡Qué!—exclamó su mujer movida por horrible ansiedad.

—Mi memoria sobre los empleados corre por las oficinas, y me ha sido imposible ver al ministro.

Celestina tuvo una rápida visión, en la que por uno de esos rayos infernales el demonio le hizo ver el verdadero sentido de su última conversación con Lupeaulx.

—Si yo me hubiese conducido como mujer vulgar, habríamos tenido la plaza—pensó, contemplando á Rabourdin con una especie de dolor.

Después se operó un triste silencio y la comida pasó en medio de mutuas meditaciones.

—Hoy es nuestro miércoles—dijo ella rompiendo el silencio.

—Mi querida Celestina, no está todo perdido—dijo Rabourdin besando en la frente á su mujer;—tal vez podré hablar mañana por la mañana con el ministro, y se explicará todo. Sebastián perdió ayer la noche trabajando, todas las copias están acabadas y yo rogaré al ministro que lea mi plan, poniéndoselo sobre la mesa. La Brière me ayudará. No se condena á un hombre sin oírle.

—Tengo curiosidad por saber si el señor Lupeaulx vendrá á vernos hoy.

—¡Él!... seguramente que no faltará—dijo Rabourdin.—Tiene algo de lo del tigre: le gusta lamer la sangre de la herida que ha hecho.

—Pobre amigo mio—repuso su mujer tomándole la mano;—no sé como el hombre que ha concebido tan hermosa reforma, no ha visto que no debía comunicársela á nadie. Es una de esas ideas que un hombre guarda en su conciencia, porque sólo él puede aplicarla. Era preciso hacer en tu esfera como Napoleón en la suya: él se sometió, se retorció, se arrastró por el suelo. Sí, Bonaparte se arrastró por el suelo, puesto que para llegar á ser general se casó con la querida de Barras. Era preciso esperar, llegar á diputado, seguir los acontecimientos políticos tan pronto desde el fondo del mar como á caballo de la hoja de un cuchillo, y, al igual que el señor Villele, tomar la divisa italiana: *Col tempo*, cuya traducción es: *Con paciencia todo se logra*. Este orador hizo la rosca al poder por espacio de siete años, y empezó en 1814 con una protesta contra la constitución á la edad que tú tienes ahora. ¡Este es el error! tú te subordinaste, habiendo nacido para ordenar.

La llegada del pintor Schinner impuso silencio á la mujer y al marido, el cual se puso pensativo con tales palabras.

—Querido amigo—dijo el pintor, estrechando la mano del empleado,—el apoyo de un artista vale poco, pero en estas circunstancias nosotros somos fieles. Acabo de comprar el periódico de la noche y en él veo que nombran á Baudoyer y le condecoran con la cruz de la Legión de honor.

—Yo soy el más antiguo y llevo veinticuatro años de servicios—le dijo Rabourdin sonriéndose.

—Conozco bastante al señor conde de Serizy, ministro de Estado, y si quiere usted utilizar esta influencia, puedo ir á verle—dijo Schinner.

El salón se llenó de gente que desconocía los movimientos del personal administrativo. Briel no fué. La señora Rabourdin ostentó más gracia y alegría que nunca, como el caballo que herido en el campo de batalla saca aún fuerzas para llevar á su amo.

—¡Qué valerosa es!—dijeron algunas mujeres, que estuvieron amabilísimas con ella al verla en desgracia.

—Y sin embargo, Celestina ha tenido muchas atenciones para Lupeaulx—dijo la baronesa del Chatelet á la vizcondesa de Fontaine.

—¿Cree usted que...?—preguntó la vizcondesa.

—En ese caso el señor Rabourdin hubiera obtenido al menos la cruz—dijo la señora de Camps defendiendo á su amiga.

A eso de las once, Lupeaulx se presentó y sólo puede describirsele diciendo que sus lentes estaban tristes y sus ojos alegres; bien es verdad que los vidrios ocultaban tan bien las miradas, que era preciso ser buen fisonomista para descubrir su expresión diabólica. Fué á estrechar la mano á Rabourdin, el cual no tuvo valor para negársela, y luego, yendo á sentarse al lado de Celestina, que le recibió sumamente afable, le dijo:

—Tenemos que hablar. ¡Oh!—añadió dirigiéndole una mirada de soslayo,—es usted grande y la encuentro como me imaginaba, sublime en la derrota. ¿Sabe usted que es muy raro el que una persona superior responda á la idea que uno se ha formado de ella? ¿No agobia á usted la derrota? Tiene usted razón, nosotros triunfaremos—le dijo al oído.—Su suerte está entre sus manos, mientras tenga usted por aliado á un hombre que la adora. Celebraremos consejo.

—Pero ¿está nombrado Baudoyer?—le preguntó Celestina.

—Sí—contestó el secretario general.

—¿Y le dan la condecoración?

—Todavía no, pero se la darán.

—¿Cómo es eso?

—Usted no conoce la política.

Mientras que esta velada parecía eterna á la señora Rabourdin, se desarrollaba en la plaza Real una de esas comedias que se celebran en siete salones en París, cada vez que se cambia el ministerio. El salón de los Saillard estaba lleno. Los señores Transon llegaron á las ocho de la noche. La señora Transon abrazó á la señora Saillard de Baudoyer. El señor Bataille, capitán de la guardia nacional, acudió también con su esposa y con el cura de san Pablo.

—Señor Baudoyer—dijo la señora Transon,—quiero ser la primera en felicitarle; se ha hecho justicia á su talento. Vamos, bien ha ganado usted el ascenso.

—Heos ya director—dijo el señor Transon frotándose las manos,—lo cual es muy halagüeño para el barrio.

—Y bien se puede decir que está exento de intrigas el nombramiento. Nosotros no somos intrigantes ni vamos á las veladas íntimas del ministro.

El tío Mitral se rascó la nariz sonriendo y miró á su sobrina Isabel, que hablaba con Gigonnet. Falleix no sabía

qué pensar de la ceguera del padre Saillard y de Baudoyer. A poco fueron llegando los señores Dutocq, Bixiou, Bruel, Godard y Colleville, que había sido nombrado jefe.

—¡Qué tipos!—dijo Bixiou á Bruel.—¡Qué hermosa caricatura si se les dibujase en forma de rayas, de dorados y de otros peces bailando una zarabanda.

—Señor director—dijo Colleville,—vengo á felicitarle, ó mejor dicho, nos felicitamos todos de tenerle al frente de la dirección y venimos á hacerle presente que cooperaremos con celo á los trabajos.

Los señores Baudoyer, padres del nuevo director, estaban también presentes gozando de la gloria de su hijo y de su nuera. El tío Vidault, que había comido en la casa, tenía una mirada chispeante que asustó á Bixiou.

—He ahí uno que podría servir de personaje para una comedia—dijo el artista á Bruel señalándole á Gigonnet.—¿Qué venderá ese? Un chino semejante debería servir de muestra en alguna tienda. ¡Y qué levita! Yo creía que sólo Poiret era capaz de enseñar una igual después de diez años de exposición pública á las intemperies de París.

—Baudoyer está magnífico—dijo Bruel.

—Despampanante—respondió Bixiou.

—Señores—les dijo Baudoyer,—les presento á ustedes á mi tío, el señor Mitral, y á mi tío segundo por parte de mi mujer, señor Bidault.

Gigonnet y Mitral dirigieron á los tres empleados una de esas profundas miradas del color del oro y que causaron su impresión en los dos burlones.

—¿Eh?—dijo Bixiou dirigiéndose á los arcos de la Plaza Real.—¿Ha examinado usted bien á los dos tíos? Dos ejemplares de Shylock. Apuesto á que van al mercado á colocar su dinero al ciento por ciento á la semana. Prestan sobre prendas, venden ropas, galones, quesos, mujeres y niños; son árabes-judíos-genoveses-lombardos-griegos y parisienses, alimentados por una loba y engendrados por una turca.

—Ya lo creo, el tío Mitral ha sido alguacil—dijo Godard.

—¿Ve usted?—dijo Bruel.

—Voy á ir á ver tirar la piedra—repuso Bixiou,—pero me gustaría estudiar el salón del señor Rabourdin. ¡Qué feliz es usted pudiendo ir, amigo Bruel!

—¿Yo?—dijo el vaudevillista.—¡Qué quiere usted que

yo haga allí? Mi persona no se presta para los pésames. Además, es muy vulgar ir hoy á formar cola á casa de las gentes destituidas.

A las doce de la noche, el salón de la señora Rabourdin estaba desierto y no quedaban más que dos ó tres personas, Lupeaulx y los dueños de la casa. Cuando Schinner y los señores de Camps se hubieron marchado, Lupeaulx se levantó con aire misterioso, se colocó de espaldas al reloj y miró sucesivamente á la mujer y al marido.

—Amigos míos—les dijo,—nada se ha perdido, pues aun les quedamos el ministro y yo. Entre dos poderes, Dutocq ha preferido el que le parecía más fuerte, y ha servido á la gran capellanía y á la corte haciéndome traición, lo cual está en orden; un político no debe quejarse nunca de una traición. Únicamente que Baudoyer será destituido dentro de algunos meses y repuesto tal vez de nuevo en la prefectura de policía, pues la gran capellanía no le abandonará.

Acto continuo se extendió en consideraciones acerca de la gran capellanía y del peligro que corría el gobierno apoyándose en la Iglesia y los jesuitas, etc., etc. No creemos necesario advertir que la corte y la gran capellanía, á la que los periódicos atribuían una influencia enorme, no se habían ocupado gran cosa de Baudoyer. Aquellas intriguillas quedaban ahogadas en las esferas elevadas ante los grandes intereses que en ella se agitaban. Si algunas palabras fueron arrancadas por la importunidad del cura de san Pablo y del señor Gaudron, las instancias habían cesado á la primera insinuación del ministro. Las pasiones por sí solas bastaban para convertirse en la policía de la congregación denunciándose las unas á las otras. El poder oculto de aquella asociación bien permitida en presencia de la descarada sociedad de la doctrina titulada: *Ayúdame y el cielo te ayudará*, sólo pasaba á ser formidable gracias á la acción de que la dotaban gratuitamente los empleados amenazándose á porfía. En fin, las calumnias liberales se complacían en representar á la gran capellanía como un gigante político, administrativo, civil y militar. El miedo siempre se creará ídolos. En este momento Baudoyer creía en la capellanía, cuando la sola capellanía que le había protegido tenía su asiento en el café Themis. En ciertas épocas, hay nombres, instituciones y poderes á quienes se atribuyen

todas las desgracias, á quienes se niega el talento y que sirven de razón coeficiente para los necios. Del mismo modo que el señor Talleyrand estuvo reputado de saludar á todos los acontecimientos con una frase feliz, así en este momento de la Restauración la gran capellanía lo hacía y deshacía todo. Desgraciadamente, no hacía ni deshacía nada. Su influencia no estaba entre las manos de un cardenal Richelieu, ni de un cardenal Mazarino, sino entre las manos de una especie de cardenal Fleury, el cual, tímido durante cinco años, sólo se atrevió un solo día y se atrevió mal. Más tarde la Doctrina hizo impunemente en Saint-Merry más de lo que pretendió hacer Carlos X en julio de 1830. Sin el artículo acerca de la censura, tan estúpidamente incluido en la nueva constitución, también el periodismo hubiera tenido su Saint-Merry. La rama menor hubiera ejecutado legalmente el plan de Carlos X.

—Siga usted de jefe de negociado con Baudoyer, tenga usted ese valor—repuso Lupeaulx,—sea usted un verdadero político; deje usted á un lado los pensamientos y los impulsos generosos, límitese á desempeñar sus funciones, no le diga palabra á su director, no le dé ni un consejo y no haga nada sin su orden. Dentro de tres meses Baudoyer dejará el ministerio por ser destituido ó trasladado á algún otro centro administrativo. Tal vez irá á la casa real. Ya me han ocurrido dos veces casos análogos en la vida y he dejado pasar la avalancha.

—Sí—dijo Rabourdin,—pero usted no se vió calumniado, atacado en su honra, comprometido...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!—dijo Lupeaulx interrumpiendo al jefe de negociado con una risa homérica;—ese es el pan cotidiano de todo hombre notable en el hermoso país de Francia, y hay dos maneras de tomar las cosas: ó someterse, en cuyo caso vale más dejarlo todo é irse á plantar coles, ó sobreponearse á todo y seguir adelante sin temor y sin volver siquiera la cabeza.

—A mí no me queda más que una sola manera para desatar el nudo corredizo que el espionaje y la traición me han echado al cuello, y ese medio consiste en ver al ministro. Si usted nos es tan sinceramente adicto como dice, puede procurarme mañana una entrevista con él.

—¿Quiere usted exponerle su plan de administración? Rabourdin inclinó la cabeza.

—Pues bien, confieme usted sus planes, sus memorias y yo le juro que perderá la noche examinándolos.

—¡Dios me libre!—dijo vivamente Rabourdin.—Después de seis meses de trabajo, lo menos á que puedo aspirar es á las dos ó tres horas de satisfacción durante las cuales un ministro del rey se verá obligado á aplaudir tanta perseverancia.

Metido por la tenacidad de Rabourdin en un callejón sin salida, Lupeaulx titubeó durante algún momento y miró á la señora Rabourdin preguntándose:—¿Quién triunfará, mi odio por él ó mi gusto por ella?

—Si no tiene usted confianza en mí—le dijo á Rabourdin después de una pausa,—veo que será usted siempre para mí el hombre de su nota secreta. Adiós, señora.

La señora Rabourdin le saludó friamente. Celestina y Javier estaban tan abatidos por la desgracia, que se retiraron cada uno por su lado sin decirse nada. La mujer pensaba en la horrible situación en que se hallaba con respecto á su marido. El jefe de negociado, que se resolvía á no volver á poner más los pies en el ministerio y á presentar su dimisión, se perdía en la inmensidad de sus reflexiones: se trataba para él de cambiar de vida y de tomar una nueva senda. Durante toda la noche permaneció levantado junto al fuego sin ver á Celestina, que se le acercó varias veces de puntillas en paños menores.

—Puesto que debo ir por última vez al ministerio para recoger mis papeles y poner á Baudoyer al corriente de los asuntos, veamos el efecto que producirá mi dimisión—se dijo.

Y redactándola, meditó mucho las expresiones de la carta que la acompañaba, la cual estaba concebida en estos términos:

«Monseñor: Tengo el honor de dirigir adjunta mi dimisión á V. E., si bien esperando que recordará haberme oído decirle que había puesto mi honor entre sus manos y que éste dependía de una explicación inmediata. Esta explicación la he implorado en vano y tal vez hoy sería inútil, toda vez que corre por las oficinas un fragmento de mis trabajos acerca de la administración, sorprendido y desfigurado y mal interpretado por el odio, forzándome á retirarme ante la tácita reprobación del poder. La mañana en que quise hablar

á V. E. tal vez haya creído que deseaba tratar de mi ascenso, cuando sólo pensaba en la gloria de su ministerio y en el bien público. Hago esta advertencia porque me importa rectificar las ideas de V. E. respecto á este punto.»

Terminaba con las fórmulas generalmente empleadas.

Eran las siete y media cuando aquel hombre había consumado el sacrificio de sus ideas quemando todo su trabajo. Fatigado por sus meditaciones y vencido por los sufrimientos morales, se quedó dormido con la cabeza apoyada en su sofá y fué sacado de su sueño por una sensación extraña, pues sintió sus manos cubiertas de lágrimas de su mujer, que estaba arrodillada ante él. Celestina había leído la dimisión y se había dado cuenta de la extensión de la caída. Ella y Rabourdin iban á quedar reducidos á cuatro mil francos de renta. Celestina había calculado sus deudas, que ascendían á treinta y dos mil francos. Resultaba, pues, su situación la más triste de todas las miserias. Y aquel hombre tan noble y tan confiado ignoraba el abuso que ella había cometido con la fortuna confiada á sus cuidados. Por eso sollozaba á sus pies, hermosa como la Magdalena.

—La desgracia es completa—dijo Javier en medio de su espanto.—Estoy deshonrado en el ministerio, y deshonrado...

La llama del honor, del honor puro, brotó de los ojos de Celestina, la cual se irguió como un caballo espantado, dirigió á Rabourdin una severa mirada y le dijo en dos tonos severos, sublimes:

—¡*Yol! yol!* ¿Soy acaso una mujer vulgar? ¿No habrías sido nombrado, si yo hubiese caído? Pero sí, ¡es más fácil creer eso que la verdad!

—¿Qué hay, pues?—dijo Rabourdin.

—Todo en dos palabras—respondió ella.—Debemos treinta mil francos.

Rabourdin abrazó á su mujer con locura, y, sentándola en sus rodillas, le dijo con una voz que denotaba una adorable bondad y que hizo cambiar la amargura de sus lágrimas en no sé qué de dulce y de suave:

—Consuélate, querida mía, yo también he cometido faltas: yo he trabajado inútilmente por mi país, ó al menos he creído que podría serle útil... Ahora voy á seguir otro sendero. Si yo hubiese vendido comestibles, seríamos millonarios. Pues bien, hagámonos tenderos. Tú no tienes más que veintiocho